

Además, en la sección de esta revista titulada *Cristal Bruñido*, se presenta el trabajo de Salvador Salas Zamudio con una selección 25 de espléndidas postales de desnudos femeninos, titulado "Las postales sugestivas de los años veinte (colección Garza Márquez)". Al visualizar las imágenes y acompañarlas de la lectura del texto, se intuye qué fue el erotismo en el siglo XIX y principios del XX, y que pese a la desaprobación de un amplio sector de la sociedad proliferaron las fotografías de desnudos femeninos.



En la parte final de la publicación se presentan tres reseñas, la primera de Rodrigo Martínez Baracs sobre el libro *Hablemos purépecha. Wantee juchari anapu*, de Claudine Chamoreau. Martínez Baracs destaca el llamado del rescate del purépecha como lengua viva, además de que desmenuza el proyecto de la autora respecto a las acciones a realizar para preservarla, pues cada vez es menos hablada entre su comunidad. Además, enfatiza en la importancia de esta obra no sólo para el conocimiento histórico, social y lingüístico, sino en el plano de la cotidianidad, y celebra los vastos ejemplos de escritura y el disco compacto incluido en el libro, donde se reproduce esta lengua.

José Andrés García Méndez presenta la reseña del libro *Etnografía del sistema de cargos en comunidades indígenas del Estado de México*, editado por Leif Korsbaek y Fernando Cámara Barbachano. García Méndez se hace una pregunta fundamental: ¿por qué un libro más sobre el tema?, y su respuesta es contundente: porque era necesario dejar en claro la existencia del sistema en el Estado de México, algo no estaba del todo resuelto. Así, invita a consultar este libro, donde mediante la lectura de sus 16 artículos es posible conocer sobre las comunidades indígenas de la entidad, el sistema de cargos, el trabajo etnográfico y la metodología utilizada para elegir a las comunidades trabajadas.

El último libro reseñado es *La sociedad indígena en la región de Chalco durante los siglos XVI y XVII* de Tomás Jalpa Flores. José Ignacio Wasinger Espro, encargado de la reseña, refiere que la publicación nos lleva por la historia de Chalco, que fue y sigue siendo un punto central en el Estado de México para comercializar y habitar. Chalco fue una región conquistada de manera reiterada por los chichimecas en el siglo XIII, por los mexicas en el XV y los españoles en el XVI, por lo que Jalpa Flores peregrina por el Chalco prehispánico y colonial. Con acuerdo con Wasinger Espro en que para entender el recorrido es necesario quitarnos nuestros zapatos contemporáneos, a modo de sentir y recorrer los senderos del antiguo Chalco.

De nuevo invito a leer las diferentes secciones de la revista, que hablan del cuerpo humano desde diversos campos de la ciencia, donde encontraremos similitudes y diferencias tanto en el tratamiento como en los resultados. Sin duda será de interés tanto para los especialistas como para todo aquel que desee conocer sobre el tema.

• • •

Francisco Javier Guerrero, *Indígenas y campesinos. Siete temas a debate con Arturo Warman*, México, INAH/Jaime Salcido y Romo Editor, 2012.

Elia Acosta Márquez\*

Aunque el título de este libro (presentado el 10 de septiembre del presente año en la Casa Lamm) así lo sugiere y los temas a debate se centran en los indígenas y campesinos y en el pensamiento de Arturo Warman, Javier Guerrero dialoga con múltiples autores y abarca buena parte de la historia del siglo XX y lo que va del XXI, tanto en nuestro país como en el contexto mundial. Con una perspectiva crítica, antisolemne y no sin ironía, y sirviéndose tanto de reflexiones teóricas como de vivas anécdotas, Guerrero invita a reflexionar sobre temas que no sólo resultan pertinentes en el panorama de las ciencias sociales y humanísticas, sino que resultan apremiantes para pensar lo que ha sido y lo que queremos de México.

El autor discute el papel de la antropología y la labor de los antropólogos ante el Estado y los grandes problemas nacionales, y debate sobre el difícil tránsito del Estado posrevolucionario, que buscó garantizar amplios derechos sociales pero con autoritarismo, corporativismo, corrupción y carencia de voluntad democrática, a un Estado neoliberal que se pretende (para muchos fallidamente) plural y democrático, pero que en su afán modernizador y privatizador ha agudizado de manera notable la desigualdad y pobreza de la mayor parte de la población.

Si bien Guerrero aborda varios temas y autores, tanto los campesinos e indígenas como Arturo Warman son los ejes rectores de la obra. Se pone de manifiesto que los indígenas y campesinos, además de constituir unas de las principales bases sobre las que se conformó y se ha desenvuelto la antropología, han sido sujetos excluidos y discrimi-

\* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

nados en el acontecer de la historia nacional pero al mismo tiempo constituyen piezas clave en el devenir del Estado. Es claro también que en un caso y otro Arturo Warman, como antropólogo, ideólogo y funcionario de alto nivel, se torna en una suerte de principio articulador desde el cual Guerrero reflexiona sobre los problemas, retos y contradicciones que han implicado los campesinos e indígenas para la antropología y el Estado.

En el primer capítulo, “La condición de los pueblos indígenas y la teoría antropológica”, se observa la discusión entre dos generaciones de antropólogos, la de los “cuarenteros” y los “sesentaiocheros”. Por una lado, desde el espíritu posrevolucionario concebían a los indígenas sobre todo desde una dimensión cultural, y como estrategias del Estado perseguían integrarlos a la nación y “desindianizarlos” progresivamente; por el otro, aquellos inspirados en el marxismo y en el pensamiento crítico derivado de los movimientos estudiantiles consideraban “el problema indígena” aunado a la condición de los campesinos desde un enfoque económico y político, y además buscaban democratizar al país. En este debate generacional destacan las figuras de Gonzalo Aguirre Beltrán y Arturo Warman en el momento de inflexión que representaron las décadas de 1970 y 1980, uno como defensor de la labor del Estado y el otro como crítico. No obstante –ironías de la vida, como se entrevé en este capítulo y en los siguientes–, más tarde Warman, como Aguirre Beltrán, fungiría como ideólogo y alto funcionario del Estado.

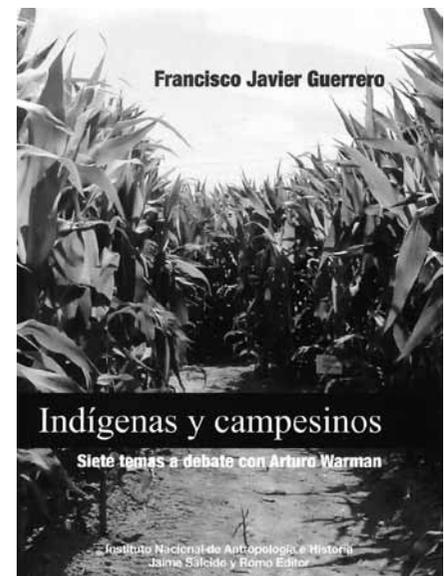
Siguiendo la polémica, pero con énfasis en la dimensión política, en el segundo capítulo, “La condición social de los indígenas y el campesinado”, el autor se cuestiona el papel de los campesinos en los procesos revolucionarios con la siguiente afirmación aguda e irónica: “A los campesinos no les va muy bien en la realidad y tampoco en la teoría” (p. 37), aseveración que refleja el pen-

samiento de distintos autores, tanto conservadores como libertarios, que han destacado la pasividad política de los campesinos en relación con otros sectores de la población, y han subrayado la explotación económica y la opresión cultural. El autor disiente de esta posición al dar cuenta del papel activo y propositivo de los campesinos durante la Revolución, en específico al advertir que los zapatistas, a la vez que hacían propuestas que iban más allá de la visión aldeana, cuestionaron la composición futura del Estado.

Para profundizar en este cuestionamiento, en el tercer capítulo, que lleva por título “Problemática agraria”, Guerrero se centra en el papel de los campesinos durante la Revolución. Desde mi perspectiva, tanto en éste como en el anterior es donde más hace despliegue de un debate, en el sentido de que problematiza distintos puntos de vista sin dejar de tomar posición. El autor da cuenta de diferentes interpretaciones notablemente contrastantes, desde las que sostienen que la Revolución fue de “todo el pueblo” hasta las que plantean que el movimiento no fue campesino ni popular. Ante esto, en coincidencia con Warman, encuentra que buena parte de los revolucionarios provenían del medio rural y que, en particular, los campesinos fueron protagonistas de la reforma agraria. Más tarde el Estado posrevolucionario promovería el capitalismo, pero comprometido con los sectores populares, y no tardaría en cooptar a los campesinos por medio del corporativismo. En este apartado se trata también el problema del ejido, un tema por demás polémico debido al papel que jugó Warman, quien se sumaría a las críticas de aquellos que resaltarían la ineficiencia y el paternalismo de esta forma productiva, mientras para otros habría sido uno de los grandes logros de la Revolución: como ideólogo del Estado y alto funcionario Warman participó de las modificaciones del artículo 27 y propugnó por la capitalización y modernización del campo.

Los capítulos subsecuentes se centran en los pueblos indígenas, en la visión de otros de su historia, en las relaciones interétnicas, en las políticas públicas del Estado y en las tradiciones culturales.

En el cuarto capítulo, “La condición de los pueblos indígenas”, Guerrero destaca la discriminación y el racismo contra los pueblos originarios no sólo en relación con la mirada a su pasado, donde se ha negado el desarrollo civilizatorio de sus culturas milenarias, sino también por el supuesto



retraso e incapacidad de los indígenas en relación con la población occidental. Guerrero retoma el debate sobre esta posición racista y discriminatoria el siguiente capítulo, “La condición de los pueblos indígenas y las relaciones interétnicas”, donde plantea que históricamente los indígenas han sido valorados como fuerza de trabajo, incluso en relación con el reconocimiento de sus derechos, pues en principio serían reconocidos como trabajadores en la Organización Internacional del Trabajo. En nuestro país, el reconocimiento de tales derechos cuenta con el levantamiento zapatista en 1994 como uno de sus principales antecedentes, ya que entonces la autonomía de los pueblos

indígenas emergió como tema central de la agenda nacional, tema del cual, por cierto, Warman tomó una posición crítica, como sugiere Guerrero, pues si bien promovió el reconocimiento de la diversidad y llegó a declarar que “las diferencias entre los mexicanos nos enriquecen”, a la vez cuestionó a los indígenas como sujetos de derecho, especialmente en relación con el territorio.

Esa posición controvertida del destacado antropólogo y funcionario se expresa también en el sexto capítulo, “Las políticas públicas y sociales y la condición de los pueblos indígenas”, donde se muestra su papel en el tránsito del Estado posrevolucionario al neoliberal, cuando participó en el diseño y aplicación de políticas públicas orientadas a los pueblos indígenas y campesinos, momento en que se abandonó una política social de desarrollo y se inauguró otra de carácter asistencialista con el programa Solidaridad.

El libro termina con una reflexión sobre la tradición y la modernidad en el capítulo séptimo, “La condición de los pueblos indígenas y las tradiciones culturales”. A pesar de las diferencias de posición, Guerrero refrenda el compromiso y respeto de Warman por las poblaciones indígenas y la diversidad cultural, y hace una declaración que resulta paradójica por el contexto nacional y mundial que él mismo presenta. En un momento en el cual es notable la desigualdad económica, la pérdida de conquistas sociales y la devaluación cultural, el autor se muestra optimista y declara: “Mi posición es que los males que padece la humanidad tienen enemigos crecientes y cada vez más vigorosos” (p. 154). Me sumo, y yo creo que muchos, a esta posición paradójica: por una parte a una mirada crítica de nuestra realidad actual, que se distingue por la pobreza económica, la estrechez institucional, la ardua labor para conseguir un país justo, plural y democrático (como a su manera, seguramente, lo imaginaba Warman), pero también me uno a la confianza y el optimismo respecto a que con

participación y organización vendrán tiempos mejores no sólo para unos cuantos.

La paradoja y la controversia son parte de nuestra realidad y también de nuestro quehacer. Así como el autor declara que “sin controversia no hay ciencia” –controversia que practica con maestría y de la cual hace un despliegue en esta obra–, sin juego y sin ironía no hay sazón en la vida, de lo cual Javier Guerrero también es un maestro. Ese proceder para algunos es incómodo e impropio, pero para muchos otros es motivo de subversión y alegría.

• • •

*History and Anthropology*, vol. 23, núms. 1-2, marzo de 2012.

Con el afán de dar a conocer parte del contenido de algunas publicaciones periódicas que se encuentran en resguardo de las bibliotecas del INAH, hemos elegido un número reciente de la revista del Departamento de Antropología de la universidad inglesa de Durhan. Escrita en inglés, la publicación puede ser consultada en la Biblioteca Miguel Othón de Mendizábal de la Dirección de Etnología y Antropología Social. A continuación resumimos de manera breve algunos artículos que, consideramos, pueden ser de interés para los investigadores y estudiantes de nuestras disciplinas.

El número 1 del volumen 23 reúne siete artículos que dan inicio con “Viejas memorias, nuevas historias: (re)descubriendo el pasado de los *dalits* judíos”, de Yulia Egorova y Shahid Perwez. El artículo explora procesos de identificación y construcciones de memoria histórica entre los *bene ephrain* de Andhra Pradesh, una comunidad de intocables que practica el judaísmo desde finales de la década de 1980. El artículo se basa en trabajo etnográfico realizado en 2009 y 2010, en entrevistas y análisis de fuentes escritas de la historia de los *bene ephrain* redactadas por los líderes de la comunidad. Consideran

el estudio de caso de los *bene ephrain* dentro de un contexto de discusión más amplio que considera tanto la dimensión universalista como la particularista de la tradición judía. El argumento central gira en torno a que la “etnocentricidad” del judaísmo ha sido un elemento definitorio que permitió el surgimiento del movimiento *bene ephrain*, y asimismo tuvo como resultado el desarrollo de prácticas sincréticas y diversos modos de reinterpretación de la tradición judía.

En “La falacia funcional: sobre los supuestos daños de la repetición de nombre” nos dice el autor, Joao de Pina-Cabral, que siempre que se ventila el tema de los nombres personales, tanto en los debates académicos como en la opinión pública, encontramos una tendencia a dar por sentado que existe una suerte de interés colectivo en que los nombres contribuyan a la individualización clara de las personas. Se piensa que la “sociedad” o “cultura” no funcionaría de manera óptima si este principio fallase, y los homónimos se consideran, en automático, como disfuncionales. Esta forma de planteamiento conlleva fuertes cantidades de sentido común que a todas luces contradice las discusiones académicas en antropología e historia de las décadas recientes. Un ejemplo de lo anterior son los estudios de los apodosos o sobrenombres que cumplen diversas funciones en varias sociedades. El autor identifica tres prejuicios que se deben superar: el sociocentrismo, el individualismo y el paradigma del alma.

“Tensiones en el campo: las políticas para la investigación del *kuru* en Nueva Guinea”, escrito por Annette Noble Beasley, pretende llenar un vacío en el desarrollo de las investigaciones sobre las condiciones en que se realiza el trabajo científico. Explora las políticas de investigación de campo que afectan esta labor para indagar sobre una, desconocida y fatal enfermedad, llamada *kuru*, que afecta a los habitantes del este de Nueva Guinea. Desde el inicio de los